

CAPÍTULO VII

LA VOLUNTAD DEL HOMBRE Y LA VOLUNTAD DE DIOS

Los religiosos llaman a Dios, "El Misericordioso", pero sería igualmente correcto el empleo del epíteto opuesto, "El Implacable". Porque si agradecen a Dios las cosas placenteras y los sucesos felices, tendrían que agradecerle lógicamente las cosas desagradables y los sucesos infortunados. Pero no lo hacen. Sería más sensato, por tanto, dejar de atribuir ambas cosas a Dios y atribuir-las a su verdadera fuente, la que casi siempre reside en nosotros. La gente que pide la bendición divina, ya sea directamente a Dios o a uno de los santos de Dios, por lo general la pide en forma de beneficios materiales y ventajas mundanales. Esta gente no comprende que la bendición divina puede llegar a través de las penas físicas y de las desdichas mundanales, como también por caminos más agradables. Basta reflexionar un poco sobre acontecimientos pasados para discernir el bien en un mal aparente. Keats, con la intuición de un poeta espiritual, lo sintió también. "¿No comprende usted —escribió en una carta— cuán necesario es un mundo de dolor y desdicha para educar a la inteligencia y hacer de ella un alma?"

Los que sufren hoy serán quienes buscarán mañana. Cuando el corazón no quiere abrirse por propia voluntad, debe romperse para admitir a Dios. Cuando la vida de un hombre ha roto sus amarras, entonces el ego tiene que padecer. Porque al desvanecerse su propio dominio personal, sólo entonces se levanta la llama divina. El método que emplea la Mente-Mundo para atraer al hombre, y de ahí para hacerlo progresar, la misteriosa terapia de la gracia divina, incluye el sufrimiento como uno de sus rasgos.

Si la mano del hombre es responsable de su propia desdicha o de la ajena, la mano de Dios es en *última instancia* responsable de todo cuanto sucede. Porque la sabiduría divina ha decretado las leyes que a su vez decretan que el hombre ha de pasar por el dominio de la aflicción antes de alcanzar la paz.

Conoceremos el significado del sufrimiento sólo cuando seamos capaces de conocerlo en su totalidad, tanto las partes brillantes como las sombrías. Algunos, como Mary Baker Eddy, que percibió correctamente su inaplicabilidad en el plano superior, se equivocan al negar su existencia en el plano al cual corresponde, es decir en todas partes salvo en la Idea divina. Otros, como Charles Robert Darwin, se empecinan en mirar sólo el lado oscuro del cuadro y ven la tierra con sus animales salvajes y luchas biológicas, y no el alimento o las flores que les proporciona generosamente. Los dos lo ven en una perspectiva limitada. Además otras personas, que siguen hablando de la crueldad de la Naturaleza hacia el hombre, deberían preguntarse si alguna vez fue tan cruel para con el hombre como el hombre es cruel para con sus semejantes. Si en las providencias de la Naturaleza hay más crueldad de cuanto aprueba el hombre, es preciso que comprenda que quizá no halló otra manera de cumplir sus designios. Si su corazón sigue protestando, que su cabeza se incline, reconociendo que está en presencia de una sabiduría que es inexpressablemente infinita. Si las leyes que gobiernan este universo no fueran benéficas, no habría esperanza para la humanidad. Pero, al contrario, sobran las razones para una esperanza final.

Es preciso que recuerde que los males y dolores de la vida son pasajeros y relativos a los bienes y goces de la vida. Su propia existencia es finalmente controlada por las leyes divinas y usada en la obra universal que se fundamenta en lo divino. Tales complementaridades y relatividades son la consecuencia necesaria para que esta obra se reinicie, cada vez que un período cósmico se renueva. ¿Cómo podría llegar a existir algún universo sin la dualidad, el mal y el bien, la luz y la oscuridad, la alegría y la pena que lo acompañan? Esta dualidad es el lado inevitable y trágico de su manifestación. La existencia de un contrario es la consecuencia necesaria de otro. Aquellos que piden un mundo carente de dolor no comprenden que piden asimismo un mundo carente de gozo. El flujo y el reflujo de los contrarios de gozo y angustia, posesión y pérdida, da al hombre el sentido de los

valores que de otra manera nunca lograría en tan alto grado. Cualquier experiencia provee el equilibrio necesario para una experiencia contraria. Todo esto ayuda al hombre a forjarse una estimación justa de la vida corpórea y de los valores terrenos, una percepción más verídica de su transitoriedad, y así lo induce a tener conciencia de la vida espiritual.

Negar un lugar al sufrimiento en el plan divino porque lo justipreciamos únicamente según nuestros sentimientos humanos y finitos, es disminuir nuestra evaluación de la sabiduría divina. Sólo vemos una parte y deploramos el mal y el dolor que la oscurecen. No hay lugar para estas feas sombras en el sublime Yo superior; pertenecen únicamente al mundo de las apariencias. Aquí existen trágicamente; allá ni siquiera pueden existir. Esta es una situación paradójica. No pueden ser negadas, como lo hacen algunos soñadores, pero la realidad que está tras ellas, el Poder original que está tras el mismo universo, es bueno en el sentido más elevado. Si pudiéramos contemplarlo en su totalidad, descubriríamos que el Beneficente y el Beatífico nunca fueros destronados. El hombre carente de luces sólo ve la miseria del mundo, mientras que el filósofo ve la miseria y la melodía que se oculta tras ella. La pena y el dolor no representan toda la verdad de la vida. La pena es la eterna Bienaventuranza que se perdió temporariamente. El dolor es la eterna Paz momentáneamente oscurecida. El amor tranquilizará la agitación humana; la luz se derramará sobre la oscuridad del mundo. Una infinita sabiduría es inherente a la Idea cósmica que la agitación y la oscuridad pueden ocultar momentáneamente a nuestra percepción pero que nunca podrán borrar completamente.

La Mente-Mundo es el origen de la Vida. Nuestro universo no está muerto, es un universo viviente, porque es un universo mental. Todo el movimiento creador de este maravilloso cosmos es un monumento conmemorativo a la Mente oculta cuya presencia le dio origen. La expresión de su genio se encuentra por doquier. Esta Mente por ser única, y no dos o tres, sólo puede manifestarse en una sola clase de inteligencia. No es más elevada en algunos lugares y menos elevada en otros. En todas partes, en cada lugar del cosmos y tras la vida de cada una de sus criaturas, esta Mente suprema, infinita y omnisciente está obrando. Y porque es una inteligencia infinita, da origen a una Idea del Mundo infinitamente inteligente. En verdad, las evidencias son abru-

madoras de que esto es así. Si la razón requiere un principio de orden tras el obrar de la Naturaleza, la intuición del místico tanto como el discernimiento del filósofo lo encuentran. El hombre no puede acrecentar su conocimiento del obrar interior de la Naturaleza sin acrecentar al mismo tiempo su veneración por la estu-penda sagacidad de la Naturaleza. Al descubrir la mente las primeras señales de su existencia detrás de las cosas se queda en sorprendido silencio, y mucho más al descubrir su plena presencia.

Es imposible separar el mal y la desdicha del mundo de su conocimiento y soberanía. Aun cuando no comprenda la desdicha ni condene su horror, un hombre puede llegar a aceptar la lógica de su existencia y con esto la lógica del universo, lo cual le hará conocer una gran paz. ¿Es tan duro desarrollar la capacidad de aceptar ciertas cosas cuando la razón le muestra la infalible sabiduría de lo que hasta ahora comprendió, cuando la intuición le dice que el amor reside en lo más hondo del rayo de Dios —el alma— y cuando la revelación le hace haber que todo cuanto nos comprende es esencialmente bueno?

Muchos hombres objetan que el exceso de sufrimiento no cumple su propósito al ocultar la lección que debe impartir, que un castigo que no se conoce ni se comprende como tal pierde su efecto moral y traiciona su propósito benéfico. Esta crítica se aplica en especial a las consecuencias diferidas de las acciones que se hicieron en nacimientos anteriores, aunque no menciona que quien resiente el pago de un error cometido en una vida anterior de la cual no recuerda nada y que por lo tanto lo considera injusto, acepta sin discusión alguna las ventajas y beneficios que derivan de las acciones rectas cumplidas en esas mismas vidas.

A estas objeciones debemos contestar primero que si el sufrimiento fuese el *único* método aplicado al ego para su desarrollo espiritual, se podría acusar con justicia a la divina Idea de ser más bien brutal que educativa. Pero la evolución de la mentalidad y carácter del hombre se desarrolla de dos maneras. Obra desde el exterior a través de su ambiente y desde el interior a través del corazón. Por eso junto con la experiencia del sufrimiento, es impartida una bondadosa instrucción para explicar su significado. Esta es impartida exteriormente por maestros humanos mediante las religiones y filosofías, e interiormente por el alma misma mediante intuiciones directas y razonamientos válidos. Ya que la

adversidad y el dolor sólo enseñan una sabiduría negativa, la necesidad de lograr una comprensión creadora de la vida sigue en pie. Por consiguiente aquellos que se habían elevado a la cima del conocimiento interior de las cosas, son enviados de vuelta al mundo o vienen voluntariamente, o son traídos de planetas más elevados para señalar a los hombres los caminos y las verdades más positivas. El sufrimiento por sí no instruye al hombre ni reforma el carácter. Su obrar debe ser complementado y completado por la iluminación interior y por la iluminación exterior. En el primer caso, la calidad del pensamiento y la intuición que trae el sufrimiento, contribuyen al efecto educativo. En el segundo caso, la calidad de la enseñanza espiritual que recibe y la interpretación espiritual que le da, producen el mismo resultado. Sus propias reflexiones sobre el sufrimiento, o sobre la enseñanza de otros hombres relativa, son para él verdaderas lecciones. Profetas, maestros, sabios, santos, filósofos y místicos inspirados surgen entre nosotros en todos los siglos, y una parte de su misión es precisamente la de aclarar el significado de estas lecciones. Los hombres no se preocupan por escucharlos porque no relacionan la exposición impersonal de estas lecciones con su propia vida. Pero esto es su deber y responsabilidad, no la del maestro. Las falacias de su interpretación inconsciente del significado de la vida les serán señaladas por otros sucesos penosos si no muestran disposición alguna a que se los señalen los maestros humanos.

Esto nos conduce a la segunda respuesta, la cual nos enseña que la oscuridad misma de todo vínculo causal entre el pecado y el sufrimiento, o entre la ignorancia y el sufrimiento, o entre la incapacidad y el sufrimiento, es intencional y deliberado. Por cuanto obliga a quien sufre a hacerse la siguiente pregunta: "¿Por qué me sucede esto?" En la búsqueda de una respuesta satisfactoria desenvuelve lentamente su intuición y desarrolla su inteligencia. El sufrimiento pasa pero las facultades permanecen. Esta situación se torna entonces en un recurso que las saca de su latencia y cumple una parte importante de su evolución general. El sufrimiento sigue siendo su maestro mientras no acepte ser enseñado exteriormente por profetas, videntes o sabios, así como interiormente por una recta reflexión e intuición. Si no quiere prestar atención a estos maestros divinos, entonces debe prestarla a las desagradables consecuencias de sus propias acciones equivocadas o deficiencias personales. Si no quiere corregir en su

persona las faltas resultantes de errores intelectuales y equivocaciones éticas, si se niega a aprender las lecciones de la historia y la religión, de aquellos dotados de discernimiento o inspirados por la revelación, tanto la lección de que las malas acciones no son remuneradoras como la necesidad de desarrollar lo que no tiene, y si no es capaz de aprender de otra manera, entonces la vida no tiene otro recurso que enseñarle a través de la angustia personal o la ignominiosa humillación.

Tiene profunda significación el que la Cruz, que es el emblema del dolor y la pena, sea al mismo tiempo el emblema de la salvación. Cada hombre está aquí en la tierra para lograr la conciencia de su yo superterreno. Hasta que no cumpla su tarea, será arrastrado a través de distintas experiencias en muchos nacimientos, experiencias que a veces están punteadas con pena, dolor y desengaño, y teñidas otras veces de alegría, placer y felicidad para que pueda soportar la vida. Por cierto, la cumplirá a pesar de todas las detenciones y altibajos, porque la ley eterna, el principio viviente de su propio ser, lo forzará a hacerlo. Se embarcará conscientemente en este camino porque al final descubrirá que es la única manera de alcanzar una felicidad deseable. El divino Yo superior no le persigue como un ardiente amante persigue a su amada. Pero tampoco se mantiene apartado e indiferente. Lo espera pacientemente en su corazón para darle la bienvenida, sabiendo que su poder de atracción magnética lo hará venir, como sus propios valores espirituales evolucionarios lo impulsarán a buscarlo, y la enseñanza y el sufrimiento harán que por último tenga conciencia de su prescindencia. Tal paciencia es inconmensurablemente justa porque el amor es inconmensurable. El amor divino sólo es limitado por su no aceptación y su falta de receptividad. Y porque es un amor increíblemente paciente, no quiere ni tampoco lo *compele* a no alejarse de su servicio para ir en pos de las atracciones terrenas, y este no alejarse es la primera forma que adopta la no aceptación o la falta de receptividad. Si la salvación es forzada, si el libre albedrío no tiene parte en ella y no coopera con ella, nunca será una verdadera salvación.

“Quien salva todas tus dificultades es el recuerdo de mí”, dijo un profeta de Medio Oriente. Lo único que se pide a todos los hombres es cambiar de rumbo, variar la dirección de su perspectiva y hacer frente al Yo superior. Todos los hombres

están destinados a la iluminación. Una vez que encontraron esta presencia, sintieron esta inspiración, se rindieron a este poder, los acompañará serenamente a través de todas las dificultades y crisis, de las luchas y altibajos que acompañan a la vida. En esta liberación del yo de sus propios deseos, encontrará la realización de sí, la verdadera felicidad que sus mismos deseos buscaban inconscientemente. Con el tiempo llegará a sentir que éste es el elevado propósito para el cual vino al mundo y que todos los demás propósitos le tomaron más tiempo y energía de lo que merecía.

La búsqueda humana de la felicidad se ve frustrada demasiado a menudo por horribles circunstancias físicas, alguna condición, falta o defecto. Finalmente, el ente humano es llevado hacia lo *no físico*, es decir, hacia la religión, el misticismo y la filosofía. Y así comprendemos el incommensurable valor que tienen para el hombre (en grado ascendente) y las importantes consecuencias para su manera personal de juzgar al mundo. Porque para el sufrimiento, como para los viajes, se gana lo que se aporta. Nuestra equivocada conducta de vida es el resultado natural de nuestro imperfecto concepto de vida. Sin la guía de una enseñanza espiritual, desaprovechamos nuestras pocas oportunidades, perdemos nuestros preciosos años y empleamos mal nuestras limitadas energías. Pero en cuanto empezamos a modelar nuestra conducta según sus principios, nuestras inarmonías personales desaparecen. Una comprensión espiritual de la vida, la que logra su mejor forma en la filosofía, mitiga el dolor y hace más ligera la lucha por la vida. En horas de dificultades o peligro, en el dolor de las emociones o de la carne, derivamos una inapreciable ayuda dejando que la mente capte sus grandes verdades y meditando fervientemente en ellas. En todo momento, reflexionar en ellas trae un gran beneficio. Su estudio imparte una forma significativa al flujo de los cambios de la vida que de otra manera carecerían de sentido y finalidad.

Errores comunes concernientes al abandono de la vida

Nada de lo que hemos dicho en las páginas anteriores deja el menor lugar a la indiferencia o a la dureza en cuanto a sus resultados prácticos, ni tampoco impide que se extienda la mano en simpatía y ayuda a quienes sufren. Ni se debe deducir de ello

que la filosofía busca el autosufrimiento, la privación y el martirio de sí; aquel que lo hace, está muy equivocado. Porque nunca deja de recordar que si existe el dolor y la pena en el movimiento de la vida, también existen la gracia y la misericordia, el perdón y el amor en el corazón de la vida. Nada de lo escrito puede conducir a la conclusión equivocada de que es preciso dejar de cultivar la simpatía hacia quienes sufren, ni detener la mano que trata de mitigar el sufrimiento.

Los mensajeros del Ser Infinito como Jesús y Buda no podrían haber traído la piedad y enseñado la bondad si el Ser mismo fuera realmente cruel. Si ya no sufrían por sí mismos, sufrían para los hombres. La pena es un sustitutivo. Pero cabe notar que no pensaban tanto en el cuerpo de la gente como en su corazón y mente, y que no compadecían tanto los sufrimientos físicos como la ignorancia moral; su compasión iba más a las causas, que no se habían tenido en cuenta, que a sus efectos.

Una filosofía verdaderamente mística no abraza gozosamente las penas de la vida. Reconoce que si la felicidad es principalmente una condición interior, no puede ser separada de las condiciones exteriores; que el materialismo que toma a la ligera la voluntad humana y todo cuanto atañe a las circunstancias del hombre es tan desequilibrado como el idealismo que hace exactamente lo contrario; y si nuestra manera de responder al mundo exterior es importante, lo que el mundo exterior nos hace no es menos importante.

Ni tampoco tiene mucho que ver con la actitud que insiste en la necesidad de sufrir la desdicha porque la acepta siempre como un decreto inevitable de Dios, o la que espera en la impotencia la llegada de Dios para que nos libre de nuestras dificultades. Muchos maestros místicos de Oriente y hasta algunos de Occidente han enseñado justamente la virtud de dejar a Dios la administración del universo, sin tratar de inmiscuirse en sus operaciones y teniendo la sabiduría de creer que Dios sabe mejor que nosotros ocuparse de sus asuntos. Como consecuencia de esto, adoptan y predicán a los hombres el culto de un completo indiferentismo social y personal, aceptando con total resignación todos los sucesos como expresiones de la voluntad de Dios. Enseñan a sus fieles a someterse y aceptar todos los eventos sea cual fuere su carácter, y abstenerse de inmiscuirse en el curso de los acontecimientos en supuesto servicio a la humanidad.

Tal consejo, dado sin restricciones ni calificaciones, de someterse ciegamente a todas las circunstancias, porque es la voluntad de Dios, a veces es sensato pero otras es peligroso. La historia de la religión es muy elocuente en este punto. ¡Cuán a menudo el sacerdocio egoísta, por servir los intereses de un grupo desacreditado o de un monarca despótico, ordenó a los sufrientes hombres y a las atormentadas mujeres no poner remedio a sus tribulaciones y soportarlas sin resistencia alguna porque tal era la voluntad divina! ¡Cuán a menudo las energías que podrían haberse dedicado a mejorar las condiciones quedan sin empleo en la inútil esperanza de complacer a Dios! Esta débil disposición fue explotada durante mucho tiempo en la India para afirmar que las castas —originariamente un arreglo sensato y flexible— era una institución de orden divino, rígida e inalterable, así como se la aprovechó en la Europa medieval donde se creía que cada hombre había nacido en el lugar y la clase que le correspondía, por encima de la cual no tenía posibilidad alguna de elevarse.

La filosofía admite libremente que algunas circunstancias, eventos y sucesos, ya sean placenteros o dolorosos, son en verdad divinas órdenes, y al final conviene más no oponerles resistencia alguna. También nos dice que otras son diabólicas por su origen y por cierto deben ser resistidas. De otra manera, nos pueden conducir al error y al desastre, o alentar a quienes les dieron origen a cometer más crímenes. Asimismo, algunos eventos son la dulce fruta del buen destino y por tanto representan una oportunidad que debe ser aprovechada. Pero otros son la amarga fruta de un mal karma, y por tanto representan trampas, añagazas, caídas o dificultades contra las cuales hay que ponerse en guardia. La actitud correcta es flexible: no se trata de asumir rígidamente y en todo momento una complacencia fatalista que convierte a una persona en la presa pasiva de los eventos o mostrar una atrevida determinación para dominarlos.

Evidentemente, la vida de una persona no está en sus propias manos. Todos estamos en las manos del Yo superior. Pero el consejo dado por los religiosos y místicos a sus discípulos es el de ceder a los eventos porque éstos son la actualización de la voluntad de Dios, resignarse sin resistencia a todo cuanto sucede porque hacer lo contrario es prueba de egoísmo ignorante, y la filosofía no lo acepta sin modificaciones. En verdad no cabe duda de que se presentan situaciones para las cuales no hay otro

recurso que someterse humildemente a la voluntad de Dios con la fe de que la sabiduría de Dios se vincula a ellas. Es asimismo cierto que al final Dios hace que todas las circunstancias, todos los eventos cooperen en la intención divina para el progreso del universo. Pero esto no justifica que se acepten siempre, y ciegamente, como si fuesen la voluntad inmediata de Dios. A veces suelen no serlo. Puede deberse a la voluntad del hombre. El error de quienes desean una sumisión universal a todos los eventos tristes y aciagos, porque representan la voluntad divina, es el de olvidar que si nos sometemos sin inteligencia, sin criticarlos y sin comprenderlos, si no estudiamos el significado o la lección que se ocultan tras cada experiencia, Dios puede enviarnos las mismas dificultades una y otra vez. Porque la ley de recompensa de Dios es lo que realmente nos envía tantas experiencias.

Nuestras tragedias y dificultades no ocurren por casualidad. Una ley divina hace que tengan lugar como reacción a nuestros pensamientos indignos, que sean correlativas a nuestros deseos impropios y hechos insensatos o la consecuencia de nuestro desequilibrio personal. Esta ley no forja una cadena de fatalidades para mantenerlos esclavizados. Lo que hace es desarrollar de una manera particular una situación que, cabe recordarlo, fue creada por nuestro pensar y obrar anterior, si no hacemos nada después para que se desarrolle de otra manera. La mera aceptación de las penosas consecuencias de un mal karma no es suficiente. La resignación pasiva al inflexible decreto de la voluntad de Dios no basta. Es preciso agregar la comprensión a la aceptación, a la resignación. De otra manera, sufrimos ciegamente y nos privamos de gran parte del provecho que se oculta tras nuestra pena. La aceptación pasiva por los supuestos devotos religiosos y místicos de condiciones tan dañinas como si fuesen la voluntad de Dios, merece ser calificada de patética señal de su bancarrota intelectual. El resultado práctico de todo esto es que consideran el estarse sin hacer nada, es decir, la espera de que las cosas caigan del cielo, como la más elevada clase de conducta humana. Los peligros que acechan esta actitud pasiva son serios. No es el menor de ellos el de dejar la vida librada a la casualidad y la voluntad a las circunstancias.

Los sostenedores extremistas de la no resistencia ignoran la necesidad evolucionaria de cultivar la inteligencia tanto como la voluntad. La forma en que se hace frente a las situaciones ex-

ternas y a los eventos mundanales dependen de estos dos factores tanto como de nuestras normas morales. Aceptar totalmente y resignarse pasivamente cada vez que ocurre algo o nos hallamos en una situación difícil porque creemos que expresan la voluntad de Dios, nos priva de la posibilidad de desarrollar la inteligencia y ejercitar la voluntad. Pero tal actividad es parte de la divina Idea evolucionaria hacia la humanidad. La ciega aceptación de cada acontecimiento, la sumisión apática frente a cada situación, y la piadosa entrega a los males remediables significan en realidad la incapacidad de cooperar con esta Idea, lo cual es lo contrario de lo que sus sostenedores desean. Cuando el célebre místico sufí Al Hallaj recibió la visita de Ibrahim Khawwas, preguntó a su visitante: "Oh Ibrahim, de los cuarenta años que pasaste vinculado al misticismo, ¿qué has ganado?" Ibrahim contestó: "Logré la doctrina de confiar pasivamente en Dios para que provea a todas mis necesidades materiales, en especial mis propias necesidades". Al Hallaj replicó: "Has perdido tu vida".

El uso apropiado de la inteligencia puede evitar nuestra caída en penosos errores. Porque la resignación puramente mecánica a la voluntad de Dios, en ciertas ocasiones, lleva al desengaño, induce a la pereza y excusa el egoísmo, mientras que una sabia resignación es siempre discriminativa, reflexiva y profunda. Si tenemos la clase justa de resignación, una resignación que no impide el esfuerzo inteligente, haremos frente con valor y honradez a las situaciones difíciles. Cada nueva experiencia de la situación humana se convierte, si se la analiza inteligentemente y se le hace frente con valor, en beneficio para el carácter humano, en estímulo de la inteligencia humana. La resignación que la filosofía acepta y enseña con énfasis, es perceptiva y no ciega. No considera a Dios como un déspota glorificado y la voluntad de Dios como un fin arbitrario. Al aceptar el precepto de Platón a Aristóteles: "Ten la seguridad de que todos los castigos que Dios inflige a los hombres no es tiranía, sino corrección e instrucción", lo usa inteligentemente para descubrir qué es lo que en su carácter necesita tal corrección y qué en su mentalidad necesita tal instrucción. Se niega a ser llevado a la deriva por los eventos. Rechaza la afirmación de que ocurren por la voluntad de Dios, y por tanto no pueden cambiar ni ser modificados.

Mientras por una parte repudia este indiferentismo místico,

por la otra la filosofía repudia la autosuficiencia humanística tal como se la ve en aquellos que se mofan de las realizaciones interiores de los místicos. Mientras señala los errores intelectuales, éticos y prácticos del misticismo, pone mucho más énfasis en señalar los errores del materialismo que llevan a un peligroso engreimiento a causa de los dramáticos logros científicos. Mientras aconseja la comprensión de todo cuanto está tras los eventos, enseña que sólo del interior del ser se puede extraer la voluntad y la fuerza para soportar lo irremediable.

La guerra y la crisis mundiales asestaron destructores golpes a la complaciente creencia de que el intelecto humano, sin la ayuda de ningún poder elevado o luz divina, era lo bastante sabio como para construir una feliz utopía en la tierra. La entorpecedora idea mística de dejar todo en manos de Dios y la arrogante idea materialista de que el hombre es capaz de hacer todo, son dos extremos inaceptables. La filosofía nos enseña que sólo en su unión y consiguiente modificación mutua está la justa actitud. Aconseja el ejercicio de la voluntad humana al extremo, la continua aplicación del conocimiento humano, científico y de otra manera, para el mejoramiento de la vida en todas las direcciones. Pero, al mismo tiempo, trata de comprender qué es para nosotros la voluntad divina en cada situación y aconseja la entrega de los resultados de todos estos esfuerzos a una voluntad superior. Deja a un lado toda la ansiedad infructuosa acerca de los resultados y así mantiene su paz interior, pero no abandona los esfuerzos que pueden lograr o modificar estos resultados. Señala que el problema de armonizar activamente la enseñanza que nos ordena resignarnos a la voluntad de Dios, a la inteligencia que nos ordena modelar la vida por medio de la voluntad, sólo puede resolverse conservando una inteligencia flexible. Su aceptación de la facticidad de la inteligencia infinita que penetra y gobierna tanto los eventos cósmicos como la existencia humana llevan a una paz y contento que son fácilmente calificados de inercia o indiferencia, cobardía o debilidad, pereza o fatalismo. Estas cosas no forman parte de la vida filosófica. Por el contrario, exige el esfuerzo personal e inculca la responsabilidad personal; pero dice también: "No hay que empeñarse en algo que es inútil porque todo el esfuerzo está condenado al desengaño, ni tampoco en algo insensato, porque lleva a la insatisfacción". Pone límites al esfuerzo y enseña la falta de juicio de todo exceso.

La corrosiva inquietud del apetito insaciable destruye toda la paz de la mente; la filosofía dice que debemos ponerle fin y en caso necesario practicar la abnegación. No deja de señalar que de abandonar y renunciar a algo es principalmente una sabiduría interior, que puede o no tener consecuencias exteriores. Admite que el último paso es limitar nuestros deseos, dejar de seguir la tendencia ordinaria e irreflexiva de multiplicarlos infinitamente, pero al mismo tiempo señala que esta admirable simplificación no significa la necesidad de imponernos incomodidades.

Tal actitud negativa hacia la vida como la que propone el ascetismo extremo no satisface al hombre moderno. Sin embargo, sus necesidades espirituales no son menos grandes, por cierto son mayores, que las del hombre medieval. ¿No le convendría más buscar algo que estuviese razonablemente a su alcance, algo que lo elevase y exaltase mientras siga trabajando útilmente en el mundo? Se sentiría tan cómodo y moderno como desea si pudiera hacer el balance entre las necesidades mundanales y las finalidades espirituales. La pobreza no es la única puerta que conduce a la pureza. El mejor camino exige una síntesis selectiva de lo físico con lo espiritual, una prudente conciliación de tendencias hasta entonces divergentes. Reconoce que el verdadero mal no estriba en las posesiones físicas, sino en el apego mental a las posesiones físicas. Comprende la importancia de pensamientos como: "Así como un hombre piensa en su corazón, así es".

Hasta los ocios y el lujo de los ricos no son necesariamente antiespirituales. Pueden serlo y muchas veces lo son, pero no necesitan serlo. El hombre sabio debe guardarse de los peligros de la riqueza, ¡sí!, pero no por eso debe dejar de apreciar su valor. No todas las autoridades en mística india, de quienes se supone que sostienen el punto de vista contrario, lo hacen. El *Siva Samhita*, un antiguo y respetado texto escrito en hojas de palma, dice: "Que el dueño de casa se ejercite en el yoga, sus riquezas y su manera de vida no son un obstáculo; si está libre de apego a ellos obtendrá los signos del éxito". La búsqueda del confort físico y el deseo de acumular posesiones son necesidades naturales y no son malas en sí mismas. Sólo cuando se les permite dominar el corazón del hombre y absorber su tiempo de una manera excesivamente desproporcionada, se vuelven

malas. En este caso, después de cierto tiempo, las fuerzas kármicas restablecerán por la fuerza el equilibrio roto.

Es digno de aplauso y no censurable el que los hombres traten de mejorar su posición en el mundo. El deseo y la búsqueda de posesiones terrenales es perfectamente válido. No hay nada de malo en las cosas físicas. No se le pide a nadie que se vuelva innecesariamente miserable en nombre de la autodisciplina espiritual o que se someta a una intolerable degradación en nombre de la resignación espiritual. El ideal filosófico de un equilibrio sensato lo eliminaría mientras que la exhortación al mejoramiento de sí se opondría a ello. Esta idea ofrece un punto de vista más pleno, mejor equilibrado. Conquista al deseo pero se niega a hacer un fetiche de la incomodidad.

Pero advierte al hombre que en la vida hay cosas más bellas, más vitales y más duraderas. Si éste persiste en hacer de sus posesiones una monomanía y en dejarse obsesionar por la posición, perderá esas hermosas cosas. El mal sólo empieza al permitir que idioticen su mente, al dejar que obstruyan el propósito espiritual interior de su vida en la tierra. El Buda llegó a los extremos al enseñar que hasta las cosas materiales agradables de la vida eran, si se consideraba su fondo y consecuencias, realmente desagradables y por eso había que evitarlas. Por cierto debemos simplificar la vida en algún punto y renunciar a ellas si queremos lograr alguna vez la paz, y por cierto cuando la búsqueda de posesiones por ser interminable, desequilibrada o falta de moralidad, ya no es más válida.

Ocurre lo mismo con el gusto por los placeres sanos, la necesidad de un relajamiento placentero y el deseo de diversiones ligeras. Son naturales y justas. No hay nada de malo en satisfacer estas necesidades humanas. La filosofía, a diferencia del ascetismo extremado, no las desdigna y, a diferencia del materialismo extremado, no las sobreestima. ¿Qué daño hay en ellas mientras se las sigue considerando como simples accesorios y no el principal fin de la vida, como algo esencial pero de poca importancia y no de mucha monta? El hombre las precisa cuando carece de los medios filosóficos que le permiten conservar su juicio y equilibrio.

Sólo cuando se abusa de ellas se convierten en narcóticos que evitan la molestia de reflexionar sobre la vida, y distraer la atención de las tragedias y penas que inducen a tales refle-

xiones, entonces se vuelven peligrosas y llevan a la misma insensatez y desequilibrio que deb'an evitar. Cuando esto sucede, el deseo hace estragos en el corazón del sibarita que se entrega a él y la falta de armonía quiebra su existencia exterior. La única escapatoria que conoce es agregar aún más combustible a la hoguera de sus placeres. Suelen impulsarlo al desborde del vicio y a la dañosa locura. Cuando se concede un valor demasiado alto a los placeres, es imposible escapar a la retribución interior: la felicidad sólo dura el tiempo que dura el placer. El hedonista que derrocha sus afectos en cosas ilusorias, apenas consciente de la desolación interior de su vida, carente de sentido en sus oropeles y aparente esplendor, no comprende que el ocio que debería dedicar a la obtención del necesario relajamiento y diversión para cumplir el propósito de su encarnación y lograr comprensión, disciplina y paz, es literalmente derrochado en una búsqueda de goces vacíos y sensuales. Pero la más pesada retribución es tomar a la suprema Realidad por la suprema trivialidad.

El sufrimiento de un mundo arrojado al caos de una gran guerra no está tan alejado de dicha retribución. Para muchos hombres y mujeres, antes que estallase la guerra, los valores de un propósito superior en la vida no existían. No podían creer en la Mente inmortal, lo cual es perfectamente creíble, pero creían en la Materia perecedera, lo cual es metafísicamente increíble. No comprendían que al sostener la realidad de la Materia, sostenían el más ilusorio de los conceptos del hombre. En consecuencia, quemaron el incienso de su admiración ante ídolos inútiles. Tan decepcionante perspectiva sólo podía terminar en una peligrosa y penosa desilusión. En cada fiesta había un esqueleto que reía sarcásticamente haciendo un gesto de advertencia con sus manos de hueso.

Los sombríos dolores que la vida suele ofrecernos pueden y deben ser enfrentados con tranquila confianza en el poder del alma para vencerlos psicológicamente o prácticamente. Pero hay que sentir este poder, encontrarlo, confiar en él y obedecerle. Si nuestros pensamientos son sabios y buenos y valerosos, nos protegerán, siempre interiormente y tal vez exteriormente, contra las flechas más agudas de la vida. Y esto es tan cierto para las flechas disparadas por el duro destino como para las arrojadas por la maldad humana. Hasta en las situaciones más sombrías, esperamos siempre que suceda lo mejor. Esto se debe

en realidad a nuestra débil comprensión del mensaje del Yo superior, ya que su bendición y por tanto lo que hay de mejor en nosotros, nos espera siempre. Esta es una paradoja.

Empezamos la búsqueda de nuestra felicidad interior cuando descubrimos la profunda melancolía de la transitoriedad y limitaciones que están en la base de toda la belleza y el placer de la vida. Ponemos fin a la búsqueda cuando descubrimos el hondo goce de la eterna belleza del alma que está en la base de esta misma melancolía. Sólo sufrimos hoy para ser felices mañana. La tranquila sonrisa del Yo superior se gana abriéndose camino en este valle de lágrimas. Nuestra más profunda sabiduría nos concede la única serenidad duradera, pese a haber nacido en medio de los más crueles dolores. El individuo más evolucionado de una comunidad cualquiera es también el más feliz. Ha renunciado a las actitudes del pasado y se ha alejado del ego, y al final todo le fue bien. Empero, si la crónica secreta de sus nacimientos pasados pudiera leerse, su enorme duración lo distinguiría inevitablemente por haber pasado por una completa experiencia de sufrimientos. Todas las desdichas que contribuyeron al desarrollo de la conciencia y a la expansión de la inteligencia, al final fueron borradas completamente de su memoria por la misericordia de la Naturaleza. Cuando el enajenado ego rompió sus cadenas, renunció a su aislamiento y retornó a su santo pariente, oculto dentro y tras su propio yo, halló que lo enseñado hasta ahora por el sufrimiento en adelante le sería enseñado por la bienaventuranza.

CAPÍTULO VIII

EL MAL EN NUESTRO TIEMPO

Los acontecimientos de los últimos decenios nos proveen una interpretación visible de los mensajes dejados por profetas tan inspirados como Jesús, Krishna y Buda. Los tiempos sin precedentes que vivimos nos prueban sencillamente con sus terribles hechos lo que tales hombres habían predicado. Prueban que la falta de fe religiosa y las tendencias materialistas de toda una generación, el duro escepticismo que degradó los valores y envileció los instintos, deparan una base demasiado insegura como para permitir la vida humana.

El materialismo —que aquí significa no sólo la doctrina, francamente confesada y crudamente evidente que así se denomina, sino también sus formas inconscientes y ocultas— fue el azote de nuestro tiempo. La impresión que nos producen todas las formas que ha adoptado —y se lo encuentra en las esferas científica, política, educacional, literaria, artística, eclesiástica y legal— es espantosa. Y lo corona la imagen terrorífica y el terrible poder destructivo de la bomba atómica. Es la consecuencia natural de creer en la supremacía final del pensamiento intelectual cuando es llevado a su extremo lógico y no se lo equilibra con la intuición espiritual. En la guerra el mal humano siempre aparece en sus peores formas y sus efectos no conocen límites. Con el descubrimiento de la bomba atómica, quedó abierto el camino que conduce al desastre a gran parte de la civilización. No hay nada en la historia que pueda compararse a esta terrible situación.

No basta comprender la significación trágica e histórica de estos acontecimientos que conmueven al mundo. Es preciso com-